

CATALOGADO

## ORIENTE Y OCCIDENTE EN HERMANN HESSE

POR MANUEL ANDÚJAR.\*

A fin de cuentos, o de “cuentas de abalorios”, la obra literaria, tanto en su génesis como en sus proyecciones, entraña un fenómeno de conciencia. La expresión verdade-

---

\* Manuel Andújar nació en La Carolina (España), en 1913

Tras intenso trabajo periodístico, finalizada la guerra civil, mediados de 1939, se trasladó a México, donde ha residido y vive, salvo una corta estancia en Chile (1956-57)

Fundó y dirigió, con el escritor José Ramón Arana, la revista cultural “Las Españas”, que en un largo período reunió a los valores más representativos de la intelectualidad española en el exilio

A partir de 1957 labora profesionalmente en la industria editorial mexicana, como funcionario del Fondo de Cultura Económica. Conoce la mayoría de los países de Iberoamérica

Además de sus crónicas del campo de concentración (*St. Cyprien, plage*) y del primer estudio de conjunto sobre *La literatura catalana en el destierro*, es autor de un volumen de narraciones (*Partiendo de la angustia*) y de una novela, *Cristal herido*, que puede enlazarse con su trilogía *Llanura* (1947), *El vencido* (1949) y *El destino de Lázaro* (1959), obras que aspiran a reconstruir, desde diversas experiencias humanas, etapas y zonas de la vida española —pueblo agrícola, mina de la provincia de Jaén, puerto mediterráneo— anteriores a la proclamación de la República

En 1962 publica, en un volumen, tres obras teatrales, encabezadas por *El Primer Juicio Final*, un auto sacramental de nuestro tiempo. Las otras dos piezas: *Los aniversarios* y *El sueño robado*. En 1961 apareció su entrega de poemas *La propia imagen* y a fines de 1964 la revista “Aldonza” (Alcalá de Henares) editó los poemas agrupados bajo el título *Campana y cadena*

Prepara la novela *Historias de una historia* y tiene sometida a cuarentena su *Cita de fantasmas*

ra, misteriosa, más allá siempre de fórmulas, modas y preceptos, refleja con natural abigarramiento la reacción íntima, orgánica, del hombre ante su mundo, único espejo de la vida eterna donde las imágenes se marcan, y enmarcan, y las sombras despienden radiante hechizo. Incluso los que abominan del presente, por esta causa o aquella sinrazón, y cifran su material nutricio en las formas aéreas e intangibles, en las esencias diamantinas immaculadas de contingencias, señalan en las venas oscuras de su negación —tan heroica, hermosa y patética a veces— un perfil rotundo de esa temporalidad crujiente e ingrata. A menudo, con mayor autenticidad que los afeirados —sin otros horizontes, sin los necesarios eslabones de la experiencia secular— a la fugaz vibración de la jornada, al mísero atractivo del momento, del éxito.

Tamaño centro de gravedad, que nadie logra eludir, se acusa aún más en las etapas de transición. En su desorden tormentoso y enervante, a través de su finesí, bajo las explosiones de arbitrariedad, en los pliegues del cansancio “exquisito”, en su propensión a la hipérbolo y a los sectarismos ayunos de sólida fe, en ese revoltijo germina la norma válida para los sucesores y el signo, todavía en esbozo y bruma, de un período histórico coherente. De ahí el que merezcan inquietar, como problemas álgidos de nuestra actualidad, cuestiones típicas de la postguerra anterior, premisas también del porvenir y tan enlazadas a las tendencias de esta era de paz explosiva que, sin intención de contraste escandaloso, podrían relacionar figuras en apariencia disímiles. Por ejemplo, a Hermann Hesse y a Jean Paul Sartre

Por las postrimerías de 1918 brotan en la literatura europea, y en escala determinante, individualidades y grupos cuya actitud de protesta, de disconformidad enconada, se vincula a los acontecimientos anodados, al desplome de las ideas vigentes y al descrédito de las instituciones sociales reputadas inamovibles. El dolor y la contradicción, al exacerbarse, cambian de cualidad y convirtiéronse en los principales motivos temáticos. Producense, entonces, dos actitudes que chocan entre sí, a despecho de revelar idéntico origen. De una parte, los alegatos antibélicos, de acerba tónica realista, que en el aguafuerte de la explotación y en el sarcasmo suscitado por la injusticia agotan los colores siniestros y enarbolan un odio seco. Al lado contrario, una aleación de fatiga vital y desencanto absoluto que se vierten en la condenación sistemática del pasado y de sus maneras, transforman el arte en lujo y clave, en deporte hermético, en prurito esotérico, en confusa proliferación de “ismos”, fobias y filias. Encarnan, los primeros, una

inmersión ciega y mítica en la masa, una “disolución” en la multitud; y los segundos, una especie, sublimada y canónica, de la fuga.

El hecho cierto es —y los despegos apuntados lo patentizan— que el “occidental” había perdido cualquier género de esperanza en su misión, a su alrededor. Se acogía al denuesto, a la subversión total, estética o política. Ya no inventaba o cultivaba en su medio los valores usuales del espíritu. Apeló a expedientes fuera de lo “común”, ajenos a su educación y al incentivo maltrhecho del progreso.

Hermann Hesse padeció en aquellos meses su crisis mayor. “Pasaba por un escritor amable y vivía en paz con el mundo”, admite en su esbozo autobiográfico. Esta situación se esfuma, de la noche a la mañana casi, y lo agujonea el anhelo de buscar un nuevo camino, una luz de verdad que le sirva de sostén y guía. “Escribir ya no me proporcionaba ninguna satisfacción”.

Y su mirada —brillo perspicaz y ligeramente metálico de unos ojos grises, suaves— se dirige al Oriente, condensado, ayer y hoy, en una estrella. . . No le atraen, de su oleaje, las peculiaridades aventureras, “coloniales”, que encandilaron a Joseph Conrad; ni le seduce la canción fosfórica, simplemente legendaria, en que reclinaría, cual en una almohada, su desazón, Lafcadio Heain. El Oriente tampoco significaba, para Hesse, la fuente o la embriaguez del poder piramidal, el delirio redentor que se baña en la “violencia santa”, sino la posibilidad de una ilusión honda, remota y balsámica; un impulso del ser, una voluntad mística.

Hesse es, en la acepción más profunda, el europeo que cierra el ciclo de las cruzadas. Solitario, empuña, sin levantar los pies de su refugio en Suiza, el bordón del peregrino. Pero emprende la gran ruta del Oriente, sustancial en el conjunto de su singularidad creadora, imbuídos los sustratos del X juicio —de su reflorecido amor, también— por una irrenunciable disposición nacional y mental. En puridad, su aportación es un fruto de mestizaje, un ensamble de trascendencias, y ello quizá suponga una grave tara, al no responder a los resortes de la sangre y de la psique. Parte, hacia las deslumbrantes regiones del alma purificada, desde la densa niebla del ancestral sueño germánico, en un proceso de desarraigamiento parcial, salobre, dolido y doliente. Consecuentemente, sus personajes surgen como refracciones visionarias y símbolos cubiertos de rígidas túnicas. Y el paisaje propiamente dicho se le escapa.

Con Hesse se completan las orientaciones capitales en que mis

contemporáneos alimentaron su raciocinio y su sensibilidad. Sería absurdo, aisladamente, rechazarlas o seguirlas, ensalzar una, denigrar a su hermana, pues repiten el inseparable dualismo Caín-Abel ¿No guardan, apreciadas con mínima ponderación, aspectos de la razón suma? Los vanguardistas, surrealistas y corifeos, fomentaron una saludable revolución de las formas y estilos, impusieron una audacia estructural que nos presta puntos de apoyo, instrumentos de interpretación. Los generosos impugnadores del desequilibrio colectivo, de la tiranía o podredumbre del Estado, redescubrieron la directriz fecunda, sensata a su pensar, de una base económica equitativa, que no asfixia la evolución. Y Hermann Hesse, estrictamente por su moralizante simbología, gracias a la confianza tonal en que pretendió involucrarnos, puso al desnudo la pobreza espiritual que todavía hoy nos disminuye, denunció que hemos degenerado en esclavos de las cosas y de los dogmas, en siervos de *todas* las máquinas, y defendió el retorno —nervio de su fábula “El Europeo”— a los dictados imprescriptibles de la tierra y del cielo.

De una compleja cadena de sucesos extrae Hermann Hesse la energía precisa para atisbar una meta divina. La catástrofe le induce a urdir un móvil religioso, pero insolidario en su plasmación; planta su reino en las esferas sutiles, en el quietismo de la renunciación, en un tibio afán de muerte. Sólo metafóricamente es lícito su mensaje, nobleza y precariedad de un arrepentimiento. Igual cabe opinar, aunque pertenesca a enfoques distintos, de Picasso, de Barbusse, de Erich María Remarque. Y acaso a estas alturas conveniría utilizar el mismo rasoero con las “Memorias” de Ilia Ehrenburg, con las asombrosas prestidigitaciones intelectuales de Sastre. Porque debemos espigar en el trigo, separar la cizaña, desentendernos de los intereses pasajeros y de la succión publicitaria, que de no atajarse acabarán corrompiéndolo todo

Hermann Hesse: neto exponente de una realización literaria “Impura”, sacerdotal a medias, en la que suele sobrenadar la tesis. Y si desemboca en la fantasmagoría, carne y huesos transparentan sus omnipresencia. Su método narrativo le depara una cómoda válvula de meditación, solapada conyuntura de dictamen. Su elegante prosa, sin estremecimientos demasiado perceptibles, dócil a las riendas, recata un insistente temblor de prójimo, un choque momentáneo del semejante que se arrebujá en gasas de eternidad. Estos factores mixtos, inefables, perduran a la postre, mucho más que el discutible sermón anexo o el hambre de magia, teñida de lirismo y vaguedad, enteramente subjetiva.

Por la palabra y la emoción que nos comunica, intentemos lo

integrados, la superior "simpatía": vislumbrar el carácter del hombre-artista, al menos una biografía de él. ¿No iremos, así, al rastreo de nuestro secreto inmanente, no habrá en Hesse una porción de la melancolía que nos enajena, una estela de nuestros deliquios ocultos? Sólo quien ha sufrido de veras, alma en pena, quien ha soñado en silencio, quien ambicionó consumirse y consumarse, puede "revelarnos", aunque sea fragmentariamente, huidizamente.

Erase un niño, en la raya de la adolescencia. Codiciaba la belleza de lo milagroso, con la daga de la fantasía deseaba reacondicionar los hechos estancados de su contorno. En el hogar, el abuelo y la madre lo familiarizaron con el Oriente de color moreno —en la pigmentación, en las valoraciones distantes y sagradas que palpitan bajo esa piel, al conjunto del sol plenario. Más tarde, en otra fase de su peripecia, lo arrastrará la nostalgia del Sur y expandirá la afición acariciada en la infancia. Hacia la madurez, su añoranza de la frágil edad pretérita se volcó en la pincelada, que se reitera en algunas de sus narraciones, del río que taja en dos la ciudad natal y resultó emblema de mutabilidad, serpeteo de la vía incógnita. Esta impronta, grabada en el propósito de ensanchar los escenarios circundantes, de esconderse en ellos para cazar transmudaciones y dislocar poéticamente lo establecido, tropieza con los "tabús" que habrán de ramificarse en el hacer todo, en el sistema conceptual de Hesse, superponiéndose a su postiza ansia quijotesca, que resulta mejor ejercicio de la inventiva sin traducción en la conducta.

Las obsesiones de Hesse pueden sintetizarse en una aversión instintiva por la autoridad (la paterna es engrane de afectos y temores; las escolares le provocan, con sobrada causa, por la estrechez teutónica, rabiosa antipatía; el círculo de los varones maduros le indigna) y en la actitud, fatalista y suspicaz, ante el imponderable sexual.

Confiesa que "los mandatos siempre han ejercido sobre él terrible efecto". Habla, en páginas próximas, de la "cobardía supremacía de los maestros". Repudia el papeleo burocrático, tan desangelado. ¿No arranca de esta rebeldía la querencia de "violar la ley", esa comezón de recordamiento terapéutico que anima al protagonista de "Kinderseele", una pieza ejemplar por el clima que engendran las perplejidades mentales y las cuñitas sentimentales de un niño, ambiente y héroe donde el autor se rememora? En el tipo de "empleado probó", que delinque y se lanza a la irremisible aventura, ¿no captamos y palpamos el asco hacia las jerarquías filisteas, el desdoblamiento de la personalidad —es decir, una suerte de contraposición de Oriente y Occidente—, el desquite de los apetitos ahogados o desviados en la juventud?

En cuanto al cariño de hembra, a las intuiciones que suscita, Hesse lo define, en el curso armónico de su creación, como el espectáculo más dramático. Destino, delito y juego lo dibujan, en mutuo rapto de ebriedad, de ofuscación homicida y destructora, con estas únicas notas inofensivas: pacíficas gravitaciones de la angustia, débil manar de la ternura. Berthold, el seminarista de Colonia, en tiempos de los agitados comienzos de la Reforma, asesina, trastornado por celos torvos y torpes, al amigo mundano. Klein, criatura de este siglo, ladrón con ribetes de artista, recurre al suicidio para no estrangular a su amante y sólo así conquista, vastos minutos en que las aguas lo sorben y sepultan, la suprema delicia de la nada, a la que tiende los brazos, alienta el corazón, en augusta calma el pensamiento:

“Todas las figuras de su vida estaban con él, todas las fisonomías de su amor, todos los giros de su pena. Su mujer era pura e inocente, como él mismo. Teresina le sonreía, infantilmente. El asesino Wagner, cuya sombra había recaído tan ampliamente sobre la vida de Klein, le sonreía, grave, en el rostro, y su sonrisa contaba que también la acción de Wagner había sido un camino hacia la salvación, también un hábito, también un símbolo”

Estos rasgos distintivos de Hesse —reptante sirena del Oriente, desprecio de la autoridad, ciudo y brutal trasfondo del amor— no nos proporcionan exacto trasunto de su individualidad, que se manifestó sin trabas a partir de 1918. Faltan en el bosquejo los elementos “cultos”, la virtual y virtuosa decantación estética. Por lo tanto, “la maravilla del idioma, el encanto de la palabra”, a los que Hesse dedica un admirable relato. . . o parábola. Se trata del conector Johannes, de su infortunio. ¡Un mártir de la jerga periodística, que vanamente se revuelve frente al engranaje y su barbarie, que determinan la extinción de lo antiguo, su fenecer inexorable! Un poeta triste y delicado, galán del primer verbal, de su filosofía, ha de someterse, en la vejez, a la tortura de los desmanes gramaticales, de las crasas impropiedades del estilo en boga. Goethe, Novalis, Nietzsche, Heine y Hölderlin se sulfuran con él. Y al morir consigue su postre y anónima victoria. El reportero tacha, en su honor, el adjetivo solemne que, ensartado en los sucesos vulgares, crispaba a la víctima. El término “trágico” no mancilla, en este avatar póstumo, su dignidad primitiva. Aquí, la ironía de Hesse suena a dolorosa mueca.

Ya disponemos de una apreciación específica del hombre y del escritor, que sazonará en la “turbia, desesperada, y sin embargo tan fecunda época después de la guerra”, el instante de rescatar “la fide-

lidad esencial hacia aquello que él anhelaba vivir aún”, ya que “sin magia este mundo era insoponible” y la existencia debemos representárnosla “como un cuento”.

La obra de Hermann Hesse equivale —estas observaciones pretendieron sugerirlo— a una pertinaz autobiografía, en varios volúmenes y acopio de títulos. Su novelística (de la que el epistolario es una feraz riberia) testimonia una rigurosa experiencia interior, apenas influida por el medio en sus efectos y contextura, sí lo es en las motivaciones. Carece de la apasionada curiosidad por los seres —aprehendidos, adivinados o retocados— que presta objetiva prestancia a las figuras de Galdós, Balzac y Dickens. Y al asentar que “la auténtica creación no se da ni puede darse en la presente realidad” Hesse consigna un pecado de lesa naturaleza. Sus escauceos de pintor y músico no le liberan de este reconcomio, que bordonea, con acentos de veracidad palmaria, en la conclusión del escritor, “Traumfaehre”: tras un sueño donde gozó del ideal más caro a su alma, reconoce que le será imposible expresarlo lúcida y vigorosamente. Klein, una de sus recetas, escauba en la orientación atormentada de Hesse, en su designio malogrado:

“Pero mi rostro cambia, quiere cambiar frecuentemente, lo necesita”.

Hesse, como sucede a la generalidad de las eminencias literarias europeas de esta centuria, (Unamuno lo confirma, al enorgullecerse: “En rigor, desde que empecé a escribir he venido desarrollando unos pocos y mismos pensamientos cardinales”) posee un corto repertorio de temas, personajes y conflictos. Tañe una sola cuerda, ¡pero con qué enciclopedismo! No maneja sino limitada cantidad de entes y el despacioso acaecer que pauta su itinerario psicológico ajústase a un pulso monorrítmico. Elabora incesantemente tres o cuatro preocupaciones sustantivas, y por eso identificáis un aire de parentesco, una misma salmodia didáctica y dualística en las mujeres y en los hombres que constituyen su baraja. Las féminas, al igual que en Pío Baroja, se os antojan aún más borrosas y elucubradas que los varones.

Pugna sexual, temperamentos alternativos, de rudezas y reflexiones; imperio de los sentidos y mixtificación ultraterrena; niebla báltica y limpidez latina; intelectualismo técnico de Occidente y arrebatos de sublimaciones al arribo de la “fata morgana” del Oriente; sed de armonía e instinto avasallador de la síntesis, madeja de antagonismos que la contemplación budista no resuelve. La búsqueda del “diluvio redentor” y “la constante relación con lo que ha sido, con la historia,

con lo viejo y antiguo que hace posible la vida espiritual” coronan este cuadro sumaráisimo de las ideas y sentimientos motrices de Hesse.

La sorda lucha —del individuo y de la comunidad, del ideal y de la degradación— adquiere en Hesse, excepción hecha de los desenlaces, tal intensidad expresiva que convierte al lector en actor y es, aunque incida en la paradoja, un debate agónico, un laborioso pretexto de la abstención. “Toda la historia universal me parece a menudo como un libro de estampas en que espejea el afán más ardiente y ciego de los hombres: el anhelo del olvido”. Pero el autor de “Edmundo” vislumbra su errónea meta —de enervamiento y laxitud, de vacío y depresión— tras “haberse indignado”, sacudido por la marea de la degeneración y el triunfo de lo absurdo, que enloquecieron —o embotaron— a sus contemporáneos. En el remolino de la postguerra, en el desbarajuste moral que propició, Hesse no se cobijó en la indiferencia, pero torció el rumbo, extraviándose en la selva mística, sin compañía positiva de sus semejantes, monjes custodios o demonios que aquilatan la firmeza. No consiguió, y dudo que se lo propusiera, despertar y sustentar “la ciencia en el sentido y en la necesidad de nuestra acción”.

Sin embargo, la creación de Hermann Hesse, que ciertas inercias sádico-masochistas del gusto literario desdeñan ahora, conserva su actualidad universal, es susceptible de influir en nuestras emociones, reserva una atmósfera luminosa a las potencias lavadas. Y si algún día adviene la nueva concepción del hombre —y de los hombres— sin la cual nuestro mundo habría de perecer, procurará remediar, al par que los imperativos del cuerpo y las zozobras de la dignidad, hoy tan amenazada por doquier, la penuria espiritual que es nuestra más peligrosa mutilación. Y contribuirá a moldear una conciencia, íntima y pública, compuesta de tradición y de futuro, de nostalgia y de esperanza, a su sabor en la faena ruidosa y en el henchido silencio. Nos acercará más a la utopía y al bien, al “saber hacer” y al “saber ser”, a la superación del añejo dilema Oriente-Occidente.